

# ECOLOGÍA SUBURBANA Y FORMACIÓN SOCIAL. MATERIALES PARA EL ESTUDIO DE LA SOCIABILIDAD OBRERA DESDE TARRAGONA (AC. 1950-1980)

Cristian Ferrer González

(Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies-  
Universitat Autònoma de Barcelona)

La aceleración del proceso de urbanización durante el franquismo generó realidades suburbanas como «no lugares». La autoorganización devino una necesidad para dotar a aquellos barrios de los servicios más elementales. Aquellas nuevas realidades vivenciales fueron parte constitutiva de la formación de una nueva clase obrera, tanto como lo fueron sus experiencias en el trabajo industrial o las protestas fabriles y de barrio en demanda de mejoras sociales. Teniendo como eje rector la relación entre espacio urbano e identidad obrera, esta comunicación pretende explorar la sociabilidad y su morfología en la ciudad de Tarragona y sus barrios.

## Introducción

En su impresionante estudio sobre la Barcelona del período de entreguerras, José Luis Oyón lamentaba que la historia del mundo del trabajo no siempre hubiese visto en las ciudades más que un epifenómeno del proceso social. Es decir, un simple contenedor sin especial relevancia para ser consideradas como un elemento constitutivo del proceso más general de formación de clase. Para Oyón, la ciudad era un factor relevante en la configuración de la clase trabajadora, pues remitía a cuestiones como la sociabilidad o la vida en el barrio, en las cuales la segregación espacial urbana devenía un elemento formativo concreto de la experiencia obrera<sup>3491</sup>. El presente texto pretende ser una reflexión inicial en torno a esta relación entre ecología suburbana y sociabilidad en el proceso de formación de una nueva clase obrera; lo hará en un espacio y en un tiempo particulares, el de la ciudad de Tarragona durante el franquismo. El análisis, sin embargo, mirará de articular estos dos elementos con un tercero, al que consideramos fundamental en el proceso de formación de clase, este es, el de la agencia política<sup>3492</sup>.

Hace unos pocos años Arnabat y Duch advertían acertadamente que no cabía confundir el estudio de las sociabilidades con el de los movimientos sociales, pues los segundos son, en todo caso, fenómenos que han formalizado experiencias compartidas sustentadas en relaciones de

---

<sup>3491</sup> José Luis OYÓN: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Serbal, 2008, pp. 9 y ss. Años atrás el autor había plasmado ya dicha preocupación en Id.: «Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950», *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 11-58.

<sup>3492</sup> En los últimos tiempos algunos historiadores han reflexionado en torno al concepto de «agencia urbana», según la cual las ciudades modelan y son modeladas por las prácticas sociales, tanto material como simbólicamente. Robert LEWIS: «Comments on urban agency: relational space and intentionality», *Urban History*, 44 (2017), pp. 137-144.

sociabilidad de tipo informal<sup>3493</sup>. Sin embargo, discernir los espacios de lo formalizado y lo informal, de lo «institucional» y lo cotidiano, de lo social y lo sociopolítico, resulta tremendamente intrincado en contextos como los del tardofranquismo, en los que los ámbitos de la protesta emergían desde un denso tejido social sustentado en la cotidianidad. Mi sensación es que, con la emergencia de movimientos de masas antifranquistas, se estableció un continuum entre las relaciones formales e informales que las imbricó con los movimientos de protesta más nítidamente políticos; un hecho que, a su vez, tuvo consecuencias sociales de gran trascendencia, como la propia formación de una nueva clase obrera. Una clase obrera que no es asumida aquí como una categoría o una estructura que *luego* se relaciona con su entorno material, sino que se la aborda como una formación contingente que históricamente se ha producido y manifestado, precisamente, *mientras* se relacionaba con dicho entorno<sup>3494</sup>.

Sin embargo, la experiencia obrera jamás ha sido algo objetivable que pueda ser medido a través de datos cuantitativos o valorado mediante el mero análisis de un sistema de producción o reproducción social, como lo es la ciudad. Remite, contrariamente, a las identidades subjetivas -o más bien, intersubjetivas- para cuya comprensión es necesario dotarnos de otros instrumentos analíticos que permitan cotejar *cómo* se construyó socialmente la identidad de clase en un espacio y un tiempo determinado y qué elementos de índole *político* contribuyeron a su articulación y, consecuentemente, a su «formación»<sup>3495</sup>. Unos elementos políticos -antifranquistas- que, como se irá desgranando, estuvieron íntimamente vinculados a las pautas de sociabilidad obreras y, en consecuencia, fueron parte constitutiva de la formación social de una nueva clase trabajadora en Tarragona.

Es por todo ello que el de Tarragona resulta un caso especialmente interesante para realizar el análisis propuesto, pues a lo largo de las tres décadas en las que se mueve el presente escrito, esta ciudad fue escenario de transformaciones en los tejidos urbano e industrial, en la estructura social y vio emerger potentes movimientos sociales que se sustentaron en robustas identidades de clase. Unas identidades que se forjaron a través de las experiencias relacionales entre los trabajadores y el vecindario de los nuevos barrios, por lo que el estudio de la sociabilidad tiene mucho que aportar a ello. Manuel Castells hablaba en su monumental obra de tres tipos de relaciones fundamentales: de poder, de producción y de experiencia<sup>3496</sup>. El estudio de la sociabilidad remite primordialmente a la última, sin embargo, resulta innegable que las relaciones humanas se hallan imbricadas por todas ellas. Por ello, ni las dinámicas relacionales en los barrios ni el surgimiento de movimientos de protesta en aquellos entornos fueron ajenos ni al marco político ni a la realidad social de la ciudad, sino que, precisamente, derivaban de su interacción con estos procesos y, en este sentido, fueron creados por la clase tanto como la clase fue creada por ellos.

---

<sup>3493</sup> Ramon ARNABAT y Montserrat DUCH: «Presentación. Sociabilidades contemporáneas», en Ramon ARNABAT y Montserrat DUCH (coord.): *Historia de la sociabilidad contemporánea. Del asociacionismo a las redes sociales*, Valencia, PUV, 2014, p. 15.

<sup>3494</sup> La influencia thompsoniana de esta concepción es clara, pero no de un modo acrítico, pues rehúyo de ciertas nociones *historicistas* de la visión thompsoniana y asumo la clase como una formación social de carácter contingente. Edward P. THOMPSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012, pp. 27 y ss.

<sup>3495</sup> Buena parte de las reflexiones de índole teórico sobre la clase obrera que se abordan en este texto provienen de Geoff ELEY y Keith NIELD: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010.

<sup>3496</sup> Manuel CASTELLS: *La sociedad de la información*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1997.

## Consideraciones necesarias

El franquismo nació como alternativa a la apertura democrática que significó el régimen republicano de 1931. Desde el punto de vista social, los años treinta habían establecido el marco propicio para reivindicaciones de justicia e igualdad que la confabulación derechista consideraba necesario extirpar de raíz. El nuevo régimen surgido de la guerra civil se erigió, pues, en el garante de una «paz social» sustentada en la negación de los antagonismos de clase y, a la sazón, en la erradicación física, material y cultural del obrerismo; pretensiones que tuvieron repercusiones evidentes en las pautas de sociabilidad popular<sup>3497</sup>. Con anterioridad al tiempo estudiado, la ciudad de Tarragona no había destacado por su tradición reivindicativa y, sin embargo, el 52% de los represaliados tarraconenses en la posguerra fueron trabajadores y de esta misma clase eran el 80% de los ejecutados<sup>3498</sup>. La represión selectiva buscaba la socialización del terror en el seno de la clase obrera con el fin de destruir sus formas de relación e inhabilitar a los trabajadores para confiar los unos con los otros; un elemento que resulta imprescindible para relacionarse, solidarizarse y, eventualmente, organizarse<sup>3499</sup>. Fuera producto de la represión, o por la ruptura de las tradiciones reivindicativas entre las clases populares tarraconenses, el caso es que hasta el ciclo 1968-1970 Tarragona no presentó índices de conflictividad obrera reseñables, y no fue hasta años más tarde, en el ciclo 1973-1976, que las situaciones de conflicto abierto dejaron de ser excepcionales, emergiendo con toda nitidez una nueva clase trabajadora con una cultura obrerista también nueva<sup>3500</sup>.

Antes de 1956 Tarragona era una pequeña ciudad *de provincias* de unos 30.000 habitantes, cuyo principal activo económico era el tráfico portuario de la producción agraria de las poblaciones rurales de su entorno. La ciudad no contaba a esas alturas con ningún sector productivo puntero y su tejido industrial se fundamentaba en pequeñas empresas del subsector químico, textil, tabaquero y alimenticio, en su mayor parte de capital extranjero o estatal. Sin embargo, durante los años sesenta Tarragona se vio sumida en un aceleradísimo proceso de industrialización que la convirtió, en muy poco tiempo, en la capital de segunda área industrial de Catalunya, a la sazón, la principal zona fabril de España. La obcecación del alcalde Rafael Sanromà por industrializar la ciudad le llevó a cometer todo tipo de irregularidades para lograrlo. Funcionarios del ayuntamiento se dedicaron a coaccionar a campesinos para que malvendieran sus fincas al alcalde a título personal, que a su vez las ofrecía después a un precio inmejorable a compañías multinacionales. Mediante aquellas operaciones se nutrieron las escuálidas arcas del consistorio y, en el caso del sucesor de

---

<sup>3497</sup> Montserrat DUCH: «Ruptures en les formes i els espais de sociabilitat a Catalunya: repressió franquista i canvi estructural», en Montserrat DUCH, Ramon ARNABAT y Xavier FERRÉ (eds.): *Sociabilitats a la Catalunya contemporània. Temps i espais en conflicte*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2015.

<sup>3498</sup> Josep Maria SOLÉ SABATÉ: *La repressió franquista a Catalunya, 1938-1953*, Barcelona, Edicions 62, 1985, pp. 142-143; Josep Maria RECASENS: *La repressió a Tarragona*, Tarragona, CEHS, 2005, pp. 380 y 392.

<sup>3499</sup> Marcial SÁNCHEZ MOSQUERA: *Del miedo genético a la protesta. Memoria de los disidentes del franquismo*, Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales, 2008; Gutmaro GÓMEZ y Jorge MARCO: *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista, 1936-1950*, Barcelona, Península, 2011, pp. 241 y ss.; Miguel Ángel del ARCO, Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Jorge MARCO (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013.

<sup>3500</sup> Cristian FERRER GONZÁLEZ: *Sota els peus del franquisme. Conflictivitat social i oposició política a Tarragona, 1956-1977*, Tarragona, Arola, 2018, pp. 259 y ss.

Sanromà, Benigno Dalmau, también los propios bolsillos y los particulares de otros miembros de la corporación municipal<sup>3501</sup>.

Dichas operaciones fueron paralelas a los planes de desarrollo impulsados por el Instituto Nacional de Industria, en los que se contemplaba que Tarragona acogiera factorías químicas de escaso valor añadido -pero que ofrecían ingentes ganancias patronales- mientras se *descongestionaba* la ciudad de Barcelona, separadas por escasos cien kilómetros. Aunque el desarrollo del polo formado por el triángulo Reus-Valls-Tarragona teóricamente debería haber contribuido al equilibrio territorial, la realidad fue que hacia 1975 la ciudad de Tarragona aglutinaba el 85% del trabajo industrial comarcal<sup>3502</sup>. La acelerada industrialización de la ciudad se sustentó en la violencia hacia el campesinado autóctono, se basó en la corrupción y prevaricación de las autoridades y se nutrió de la pobreza en el campo y en el extrarradio de la ciudad. Los cambios en el tejido social y urbano que comportó fueron espectaculares: sólo entre 1964 y 1970, el proletariado industrial creció al orden del 58,6% y entre 1956 y 1977 la población de Tarragona aumentó más de un 180%, llegando a superar los 100.000 habitantes en los últimos años de dictadura.

El excedente de mano de obra y los bajos salarios fueron dos elementos centrales del modelo industrialista implementado en la década de 1960. En este sentido, la inmigración resultó imprescindible para el desarrollismo, como también lo fue, como se verá, para la formación de la nueva clase obrera que protagonizaría el grueso de la conflictividad social en aquellos años. Pero si bien la industrialización fue contextual en el proceso migratorio y, ambos, condición necesaria para el surgimiento de una nueva clase trabajadora, en ningún caso lo uno fue el mero reflejo estructural de lo otro. Aquella llegada de inmigrantes del sur peninsular no se inició en los años sesenta y setenta, aunque sería entonces cuando alcanzaría mayores dimensiones, sino que había empezado en la misma posguerra. A menudo se asumen ciertos planteamientos que, siendo ciertos en términos generales, ocultan algunas lógicas centrales de las migraciones a Catalunya durante el franquismo. Se tiende a pensar que gente pobre y estigmatizada en sus lugares de residencia emigraron a Catalunya en las décadas de 1940-1950 -cerca del 20% del global durante la dictadura- atraída por las posibilidades laborales que se ofrecían. Sin embargo, se ignora que durante aquellos años las condiciones de trabajo en Catalunya eran extenuantes y los salarios, de miseria; que el empleo escaseaba y que globalmente sólo pueden comprenderse sus lógicas si se contemplan los condicionantes políticos de la represión que hicieron que muchos se fueran antes y que, en un mundo rural de jerarquía social y de precariedad laboral persistente, la emigración se viese como una escapatoria preferible a la atonía de quedarse<sup>3503</sup>.

La mayoría de inmigrantes llagados a Tarragona provenían de sociedades rurales fuertemente estratificadas, una jerarquización que se había acentuado tras el final de la guerra. De pronto, sin embargo, se encontraban aglomerados en los nuevos suburbios superpoblados que se levantaban al oeste de la ciudad -Torreforta y Bonavista en un primer momento, y más adelante otros como

---

<sup>3501</sup> Una excelente panorámica en Josep LLOP: *La industrialització de Tarragona (1957-1971) i les seves circumstàncies*, Tarragona, Arola, 2002, en especial las pp. 33-130.

<sup>3502</sup> Joaquim MARGALEF: *El Tarragonès. Estructura econòmica, expansió industrial i desequilibris sectorials*, Barcelona, Caixa d'Estalvis de Catalunya, 1979, p. 115.

<sup>3503</sup> Angelina PUIG: *De Pedro Martínez a Sabadell. L'emigració, una realitat no exclusivament econòmica, 1920-1975*, Cerdanyola del Vallès, CEFID-UAB, 2017; Martí MARÍN: «Franquismo e inmigración interior: el caso de Sabadell (1939-1960)», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 131-152. Aunque se ha tendido a dejar fuera el caso de Tarragona del cuadro general del análisis migratorio catalán, la dinámica de esta ciudad fue análoga a la de otros centros urbanos del cinturón barcelonés. Cristian FERRER GONZÁLEZ: *Sota els peus...*, pp. 41 y ss.

Campclar, La Floresta, La Granja o Icomar, y Sant Salvador o Sant Pere i Sant Pau al norte- en unas condiciones sociales homogéneas y en el que las relaciones dentro de esas nuevas comunidades eran diferentes a cuanto habían conocido. Fue un proceso que rebasó el marco de la ciudad y que adquirió una dimensión regional, englobando en la dinámica urbana diversos municipios adyacentes. Las secciones obreras y agrarias de Acción Católica dejaron constancia de ello: «la realidad de los pueblos de nuestra región, debido a la industrialización, turismo, etc.», decían, hacía que se encontrasen «muchas veces, en la práctica, actuando en un mismo ambiente, la JAC y la JOC»<sup>3504</sup>. Una experiencia que confirmaba un albañil de origen extremeño y residente en Constantí, que recordaba que el municipio era en su centro una población rural cuyos márgenes se convirtieron en periferias obreras que mantenían una estrecha relación con otras comunidades adyacentes como los barrios de Bonavista o Torreforta, pues formaban parte del mismo ecosistema urbano<sup>3505</sup>.

En todos aquellos espacios, el Estado, entendido como el garante y proveedor de servicios públicos, era inexistente en las nuevas periferias y este hecho sería relevante en la ordenación de la vida en el barrio. Fue sobre las redes que en un primer momento gestionaban las inmigraciones sobre las que se iniciaría un proceso de autoorganización para suplir las insuficiencias materiales de sus nuevos hábitats, un elemento clave para comprender las fuertes identidades de barrio que se desarrollarían<sup>3506</sup>. Además, aquellos recién llegados se incorporarían a una realidad laboral completamente nueva, caracterizada por la expansión de nuevos sectores productivos y la introducción de nuevas técnicas de organización del trabajo y de la gestión de la mano de obra, que marcaría el surgimiento de una nueva cultura popular urbana<sup>3507</sup>.

### **Sociabilidad(es) y presencias de clase**

Tal como se ha avanzado, a nuestro entender lo que define a la clase obrera es su identidad colectiva, sustentada en sistemas de significados y representaciones a través de los que las y los trabajadores organizan, gestionan y codifican su relación con el mundo material y con sus condiciones sociales<sup>3508</sup>. Ciertamente la ecología urbana de la periferia tarraconense y el grado de homogeneidad de sus habitantes era algo inédito en la historia de la ciudad. Tampoco los nuevos tarraconenses habían experimentado nada parecido con anterioridad. Aquella nueva realidad vivencial -suburbial, masificada, amorfa e inconexa- fue un factor constitutivo en el proceso más general de formación de una nueva clase obrera, pues la segregación del espacio urbano condicionaba la sociabilidad y la vida en el barrio; en este sentido, fue un elemento sustancial, junto al trabajo, de la experiencia obrera.

---

<sup>3504</sup> «Reunió regional JAC/JACF - JOC/JOCF» (10 de febrero de 1966), Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fondo del Moviment de Joves Cristians de Pobles de Catalunya, sig. 63. Original en catalán. Todas las citas del texto han sido traducidas al castellano.

<sup>3505</sup> Entrevista a Manuel Martín BRAVO ARAGÜETE, 2001-2002, Arxiu Històric de la Comissió Obrera Nacional de Catalunya (AHCONC), Colección de Biografías Obreras.

<sup>3506</sup> Ivan BORDETAS: «El viatge: canals d'informació, rutes, condicions i arribada», en Martí MARÍN (ed.): *Memòries del viatge (1940-1975)*, Sant Adrià de Besòs, Museu d'Història de la Immigració de Catalunya, 2009.

<sup>3507</sup> Una explicación más amplia en Xavier DOMÈNECH: *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona, Icaria, 2012, pp. 17-58.

<sup>3508</sup> Geoff ELEY y Keith NIELD: *El futuro de la clase...*, pp. 191-197.

Sin embargo, fueron necesarios agentes que articularan y dotaran de significado las experiencias en los nuevos barrios, los espacios de sociabilidad primaria<sup>3509</sup>. Sin lugar a dudas fueron las mujeres quienes tuvieron el papel clave en la conformación de unas nuevas identidades obreras. Ellas eran las que más padecían las insuficiencias estructurales. Eran quienes debían cargar con garrafas de agua antes de que se instalaran fuentes, eran las que se desplazaban hasta el centro con sus hijos antes de que se instalaran centros sanitarios en el barrio o eran quienes debían hacerse cargo de la prole de sus convecinos en caso de necesidad ante la falta de guarderías<sup>3510</sup>. En definitiva, fueron ellas las que empezaron a codificar el malestar con su situación contextual como un problema común a nivel de barrio y, por eso, fueron ellas el elemento aglutinante de una comunidad que, poco a poco, empezó a tener conciencia de sí misma y que se expresaría en movilizaciones sociopolíticas<sup>3511</sup>. A nadie se le escapa que los descritos -fuentes, autobuses, centros sanitarios, vecindario- devenían espacios de sociabilidad femenina de primer orden que se hallaban plenamente imbricados con una ecología urbana de carencias fundamentales.

Las relaciones sociales en los nuevos barrios se circunscribieron mayoritariamente en su seno y las visitas a Tarragona -pues en su imaginario no formaban parte de la ciudad- se reducían a asuntos burocráticos y a que las mujeres hicieran las compras que no podían en el barrio. Igualmente, los habitantes del centro tampoco frecuentaban las barriadas, un hecho que provocaba un extrañamiento mutuo. Ante la falta de transportes públicos que articularan los suburbios con el centro, los trayectos solían hacerse a pie o en bicicleta. De igual modo se desplazaban los nuevos trabajadores industriales hasta las fábricas, pues en regla general se habían instalado cerca de los nuevos barrios, o quizá sería más preciso decir que éstos habían crecido alrededor de las nuevas factorías. Este hecho cobró relevancia en Tarragona, pues la integración espacial entre fábrica y barrio determinaría en gran medida la morfología de las primeras opciones de oposición al franquismo en el ámbito social, al menos tanto como la segregación del barrio respecto a la ciudad. Es decir, si en general fueron las Comisiones Obreras las que canalizaron el malestar de los trabajadores industriales y cuyo sustento se hallaba en las fábricas, la primera manifestación formal de que disponemos sobre la existencia de densas redes de sociabilidad regladas -aunque clandestinas- que darían vida a un nuevo movimiento obrero en Tarragona, se produjeron en el barrio y no tanto en la fábrica, constituyendo en mayo de 1965 una Comisión de Barrio en Bonavista<sup>3512</sup>.

Nos interesa la Comisión de Barrio como epifenómeno de un proceso general más amplio y que tenía su base en las redes relacionales de los obreros en los barrios de nuevo cuño. Las nefastas condiciones de la vivienda en las periferias de Tarragona<sup>3513</sup> propiciaron que los límites entre las esferas pública y privada quedaran desdibujados, pues la calle devenía el espacio natural de relación. El contacto entre el vecindario, lubricado por experiencias compartidas como la

---

<sup>3509</sup> José Luis OYÓN: *La quiebra...*, p. 342.

<sup>3510</sup> Pueden constatarse algunas de dichas insuficiencias en las barriadas tarraconenses a través del informe de «Llorenç» en el segundo congreso de los comunistas catalanes (1965), Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Fondo Nacionalidades y Regiones (NR), Serie Catalunya, caja 50, carpeta 1/2.

<sup>3511</sup> Montserrat DUCH y Meritxell FERRÉ: *De súbditos a ciudadanos. Dones a Tarragona, 1939-1982*, Tarragona, CEHS, 2009; Coral CUADRADA y Esther GUTIÉRREZ (eds.): *Les dones als orígens de Torreforta*, Tarragona, CEHS, 2014.

<sup>3512</sup> «Acta de la reunión regional celebrada el 27/7/67» (Barcelona, 27 de agosto de 1967), AHPCE, Fondo Movimiento Obrero, Serie Comissió Obrera Nacional de Catalunya (CONC), caja 85, carpeta 1/2.2. Cristian FERRER GONZÁLEZ: *Sota els peus...*, pp. 130 y ss.

<sup>3513</sup> También el caso antiguo de la ciudad vio proliferar fenómenos como el realquilado y la división de inmuebles para satisfacer la escasez de viviendas. Sin embargo, en este texto me referiré en exclusiva a los barrios periféricos.

migración, la represión franquista o el paisanaje, facilitaba las relaciones de sociabilidad primaria, ya fuera de camino al trabajo o por las noches de verano tomando la fresca en calles sin pavimentar. Así, la calle del barrio, el espacio público suburbial, adquiría el carácter de tierra conquistada por sus habitantes, algo impensable en los ensanches de la ciudad. La calle era *el* espacio de interacción y, por ello, un crisol de nuevas prácticas urbanas, el espacio de sociabilidad informal primario por excelencia. Pero aquellas calles no eran suyas solamente en el terreno simbólico, sino también desde un punto material: en no pocos casos habían sido construidas por sus nuevos habitantes: «en las llamadas *parcelas* [...] cada uno adquiere un trozo de terreno y construye su cobijo sin sujeción a normas urbanizadoras ni a reglamento alguno», lamentaban las autoridades<sup>3514</sup>.

Aquellas gentes, que compartían experiencias comunes, fueron articulando una identidad propia, como trabajadores, como gente de barrio, como migrantes y un largo etcétera, que codificaron como una identidad *de clase*. Pero ninguna base de déficits compartida explica las formas concretas que toman las representaciones colectivas. Es cierto que existe una relación entre subáreas ecológicas y el *modus de vida*, y los déficits estructurales contribuían a fortalecer el contacto entre los habitantes del barrio y a fomentar un estilo de vida en la clase de carácter intergeneracional, pero seguían siendo necesarios sujetos proactivos capaces de articular una cosmovisión compartida de su realidad común. Una realidad percibida en términos de clase y, por lo tanto, construida discursivamente *en contra* de los intereses de otras clases. El catolicismo asistencial denunciaba públicamente las miserables condiciones de vida en los barrios y, en este sentido, fueron los primeros en codificar el malestar contextual como un «malestar obrero».

Pero el proceso de la formación social de una nueva clase obrera no se resolvió solamente en su seno, sino en interacción con otros procesos más amplios de distinta naturaleza. El (neo)paternalismo industrial fue uno de los elementos que trató de condicionar la articulación de una clase trabajadora en Tarragona. Pero en muchos casos sus políticas resultaron ambivalentes. Si bien buscaban proporcionar un salario social que permitiese la construcción de una aristocracia obrera con intereses particulares, lo que lograron en la mayoría de veces fue lo contrario. En lo referente a la vivienda, su escasez hizo que muchas empresas construyeran bloques para sus trabajadores, lo que propiciaba que las relaciones que se desarrollaban en la fábrica siguieran fuera de ellas, muy íntimamente vinculadas a otros compañeros de trabajo y, quizá menos, con el conjunto de nuevos trabajadores de la ciudad. Sin embargo, todo mecanismo de control social tiene el resiego de actuar en doble dirección. Si por un lado promocionar viviendas para los obreros propios podía constituir un elemento de diferenciación social que minara la cohesión interna de la clase, por otro contribuyó a afianzar fuertes lazos entre el proletariado y sus entornos vivenciales.

Lo mismo ocurría con el transporte público o, más bien, su ausencia: la necesidad de algunas empresas alejadas de las zonas pobladas de fletar autobuses para sus propios trabajadores contribuyó a fundir los espacios vivenciales y fabriles y a afianzar vínculos personales entre los trabajadores que compartían transporte diariamente. Lo mismo con las cantinas en las empresas, que ofrecían comida a precios populares a sus obreros. Otro tanto ocurría con la falta de colegios en los barrios, que hizo que la química IQA habilitase un espacio para los hijos de los obreros que gestionaban las monjas<sup>3515</sup>. El colegio, la fábrica, la cantina devenían espacios de sociabilidad secundarios en los que, cuando las opciones antifranquistas de base obrera fueran aumentando su influencia social, permitirían una rápida socialización de sus preceptos básicos entre los obreros.

---

<sup>3514</sup> «Informe sobre situación político-social en Tarragona» (junio de 1964), Arxiu Històric Provincial de Tarragona (AHPT), Fondo del Gobierno Civil, exp. 1198, caja 4367.

<sup>3515</sup> Coral CUANDRADA y Ester GUTIÉRREZ (eds.): *Les dones...*, p. 63.

## Fisuras y líneas de fractura

La dinámica ocupacional de la ciudad producía una segmentación de la clase según su calificación, unas diferencias que eran alimentadas por el régimen a través del fomento de expectativas de ascenso social<sup>3516</sup>. El mismo Gobernador Civil de Tarragona se mostró meridiano al respeto, en un informe sobre la situación provincial. Decía que, de producirse la conformación de una clase trabajadora estructurada y cohesionada,

[...] la intervención de la Organización Sindical habría de ser valiosísima, juntamente con la propaganda en la que se destacase precisamente todos aquellos puntos o extremos que [...] revalorizasen la política social llevada a cabo y destacasen hechos concretos para las diversas actividades, teniendo en cuenta los *grupos que integran la estructura laboral que tienen una aspiración distinta*; y es precisamente en estas diferenciaciones, que pueden parecer intrascendentes, en donde puede hallarse la posibilidad de *conseguir una división en una masa* que no tendría de común más que los efectos de la propaganda [obrero o antifranquista] ejercida sobre ella<sup>3517</sup>.

Las experiencias de clase eran, pues, susceptibles a ser articuladas y desarticuladas por igual; o, dicho de otro modo, eran -y son- susceptibles a ser articuladas en múltiples direcciones. De hecho, lo novedoso del contexto productivo de Tarragona y la falta de experiencia al respecto por los nuevos trabajadores dificultó la articulación de las experiencias obreras como intereses de clase. Una obrera de una empresa multinacional de la confección-textil decía que al abrir la fábrica «las trabajadoras era[n] individualistas» y que «el objetivo con más aliciente era aumentar el ritmo del trabajo para conseguir un poco más de salario».<sup>3518</sup> Según ella, hubo un aspecto clave en el desarrollo de relaciones de comunidad en la fábrica: «Un aspecto que influyó en este cambio, es el fomentar actividades recreativas (excursiones, meriendas, concursos, etc.) que aglutinaron grupos de amigos, creándose así una de las bases de solidaridad entre compañeras, necesaria para poder llevar a cabo acciones en respuestas ante los problemas que existían»<sup>3519</sup>. Las bases para ello se hallaban en la fusión de las esferas vivenciales y laborales. Tal como recordaba un albañil,

[...] éramos gente fundamentalmente de los barrios de Buenavista, San Salvador, San Pedro y San Pablo. Era gente conocida [...] había, yo qué sé, mucha más lealtad que ahora. [...] Lealtad no en el sentido negativo sino en el sentido de que a lo mejor tú sacabas allí la fiambra y a lo mejor te decía: «Coño, coge un... de aquí, y oye, ¿no tienes eso? Pues coño tal...» o ponías allí... yo me acuerdo que alguna gente llevaba vino y eso, yo nunca he bebido vino, no se trata de eso ni nada ¿no? Pero mucha gente llevaba. [...] «Sí, échate en la bota, esto, lo otro, pues mañana yo...» O incluso se hacía fuego allí... «Coño, pues me traigo un poco de chorizo, un

<sup>3516</sup> Carme MOLINERO: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Barcelona, Crítica, 2005.

<sup>3517</sup> Rafael FERNÁNDEZ MARTÍNEZ: Informe sobre la situación provincial tras las huelgas de 1962, (Tarragona, 12 de julio de 1962), AHPT, GC, caja 4367. Las cursivas son mías.

<sup>3518</sup> Ángeles DE LA FUENTE: *La conflictividad laboral en una empresa multinacional. El caso de Valmeline. (Historia desde dentro)*, Tarragona, tesis de licenciatura en graduado social, 1985, pp. 38-39. Debo agradecer a Ramon Arnabat por proporcionarme este documento.

<sup>3519</sup> *Ibid.*, p. 39.



poco...» ¿sabes? Lealtad en este sentido, namás, todo el mundo podía hablar: «Coño, esto, lo otro, ¿Y tú, de dónde eres, o dónde vives, dónde no vives...?»<sup>3520</sup>.

La fusión de los espacios de trabajo, de residencia y, con el tiempo, también del ocio propiciaría fluidos contactos personales, que en no pocas ocasiones derivarían en amistades y, en todo caso, en la construcción de imaginarios de identificación mutua. «La procedencia del personal en gran mayoría era de la inmigración, por tanto eran personas no enraizadas en Tarragona y que encontraron en el trabajo el ámbito favorable para la creación de amistades y lazos humanos tan necesarios en el desarrollo personal [sic]. De ello se derivaron múltiples actividades recreativas»<sup>3521</sup>.

Sin embargo, las relaciones sociales, incluso las que se quieren horizontales, no son ajenos a elementos de verticalidad, de jerarquía; fisuras que a veces se convierten en rupturas. En efecto, los espacios de sociabilidad están siempre atravesados por múltiples elementos de fractura -de clase, de género, de idioma...- que condicionan las identidades que se desarrollan en su seno. Para el caso concreto de Tarragona, aunque extrapolable a nivel general, la sociabilidad obrera que fue formalizándose y tomando forma de organizaciones (clandestinas) regladas, se basó sobre redes y espacios de sociabilidad masculina<sup>3522</sup>. Unos espacios vinculados a la sociabilidad masculina como los bares, así como en *tempos* como la hora del almuerzo durante el trabajo. Tal como escribiera una obrera fabril, las «asambleas [...] se realizan en horas de bocadillo y se pretende en ellas la participación mayoritaria de las trabajadoras, aunque esta, supuso dificultades debido a que no se estaba acostumbrado a dar opinión en público»<sup>3523</sup>. La segregación en razón de género de la *polis* hacía que en los espacios de sociabilidad masculinos ellas *delegaran* y su papel se viera eclipsado. El rol de los bares -lo que ha sido definido como la sala de estar de las casas obreras- como espacios de sociabilidad obrera de suma importancia en el desarrollo del movimiento opositor, queda claro en algunos testimonios orales. Un caso que lo ilustra es la frustrada visita de Cipriano García, uno de los responsables de CCOO a nivel catalán. El dirigente visitó la ciudad para realizar una reunión junto a sus compañeros tarraconenses, pero la iglesia dónde debía celebrarse la asamblea apareció rodeada de policías. En aquel momento, el «espacio seguro» dónde poder reunirse en *petit comité* no fue otro que un bar, en dónde ambos antifranquistas pudieron dialogar con tranquilidad gracias a la connivencia del camarero:

Pues allí nos... nos pusimos a almorzar en un bar. Eh... Y yo, con él... con el dueño del bar, yo tenía conocimiento suyo porque fue un hombre... un hombre que lo vi en algunas manifestaciones, ¿sabes? Pero nos sentamos allí y dice: «¡No, no! ¡Aquí, aquí estáis tranquilo!». Seguramente fue que se enteró, como la iglesia estaba cerca de... del bar, seguramente que llegaría allí alguno y... algún comentario. Total, que nos sentamos allí. Entonces Cipriano me hizo un informe de todo lo... lo que había<sup>3524</sup>.

---

<sup>3520</sup> Entrevista a Manuel Martín BRAVO ARAGÜETE, 2001-2002, AHCONC, CBO.

<sup>3521</sup> Ángeles DE LA FUENTE: *La conflictividad...*, p. 52.

<sup>3522</sup> M.<sup>a</sup> Carmen MUÑOZ RUIZ: «Género, masculinidad y nuevo movimiento obrero bajo el franquismo», en José BABIANO (ed.): *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid, Catarata, 2007.

<sup>3523</sup> Ángeles DE LA FUENTE: *La conflictividad...*, pp. 48-49.

<sup>3524</sup> Entrevista a Juan ARAGÓN CRESPILO, 2001, AHCONC, CBO.

En los años sesenta los espacios de sociabilidad estaban nítidamente segregados por razón de género, pero a medida que la oposición a la dictadura contribuyera a la rearticulación de la sociedad civil de raíz antifranquista la distancia entre ambos espacios se iría suturando. El movimiento juvenil que emergería a finales de los sesenta tenía mucho que ver con ello<sup>3525</sup>. Las nuevas formas de sociabilidad, más laxas y en dónde la moral tradicional se diluía, hicieron que las mujeres dispuestas a participar en la oposición participaran cada vez más en espacios mixtos de sociabilidad. La irrupción de nuevas organizaciones juveniles y de movimientos que politizaban la cotidianidad, qué duda cabe, contribuyó decisivamente a ello.

### **El antifranquismo como *espacio* de sociabilidad, como articulador de la clase**

Las prácticas que inauguró el antifranquismo en los años setenta provocaron la mutación de las formas y espacios de sociabilidad obrera. No fue el cambio estructural el que introdujo nuevas pautas de comportamiento, sino las relaciones sociales con dicho cambio. El más importante fue, sin duda, la emergencia de un movimiento de protesta antifranquista que emanaba de la cotidianidad de muchos tarraconenses. Éste propició la apertura de nuevos espacios y formas de sociabilidad, nuevas prácticas sociales como la ocupación del espacio público, también en el centro. En ese camino se fue reconfigurando la naturaleza misma de la ciudad, menos segregada en su dinámica urbana. En todo ello tenía mucho que decir la emergencia de un nuevo movimiento de base juvenil, el cual se encontraba en el intersticio entre la dictadura y el cambio de relación de ésta con la sociedad civil. Una sociedad civil que los jóvenes habían contribuido vivamente a desarrollar, porque desde la segunda mitad de los años sesenta éstos habían sido los artífices de la (re)construcción tenaz de un entramado social y asociativo, regularizando pautas de sociabilidad informal de la juventud, en que se fue desplegando un incipiente tejido social juvenil que se convertiría en un espacio de metabolización política de primer orden.

Las formas laxas de la sociabilidad popular fueron convirtiéndose, en el transcurso de los acontecimientos, en antifranquistas. Es decir, el antifranquismo no radicaba en espacios ajenos al de las mayorías sociales, sino que emanaba de ellos. Los cafés de nuevo cuño abiertos en el centro como el Cafè Poetes o el Cafè de la Geganta se convirtieron en espacios de sociabilidad antifranquista de primer orden, dónde se socializaban los preceptos opositores y en cuya oferta de cultural y recreativa se podía anticipar el mundo del mañana. En palabras del abogado antifranquista por excelencia de Tarragona, en el Cafè de la Geganta:

Se hacía mucha política, cosa que le confería un aire de continua conspiración. Casi todos los concurrentes -excepto de quien firma y pocos más- se ataviaban al estilo *progre*, de acuerdo con el momento y el decorado, barbas, melena, jerséis y bufandas incluidas. La presencia disimulada de algún social acentuaba y prestigiaba aún más el ambiente. En dos palabras: un acreditado paraíso para los aficionados a las emociones. [...] Si no, que se lo digan a los Leandre Saún, los Heras, a Pepe Estrada, a Enric de Gràcia, a los compañeros de Bonavista, a Josep Anton Baixeras, el pintor Moret, el arquitecto Milà, el Ramon [Marrugat] de la Llibreria, y tanto otros que harían inacabable la lista, entre suqueros [del PSUC], socialistas, cristianos de base o simplemente demócratas progresistas. La Asamblea de Catalunya encontró en el Cafè de la

---

<sup>3525</sup> Cristian FERRER GONZÁLEZ: «Bastint l'antifranquisme de masses. La JCC més enllà de la Gran Barcelona, 1962-1976», *Franquisme & Transició*, n. 4, pp. 153-199.

Geganta su principal apoyo. Allí se cocían pactos, se elaboraban manifiestos, se recogían firmas para todo tipos de peticiones o protestas, trabajo en el que colaboraban activamente un grupo de asistentes sociales<sup>3526</sup>.

Se trataba de un espacio de sociabilidad radicado en el centro al que acudían desde comunistas sexagenarios como Leandro Saún a estudiantes universitarios como Enrique de Gracia, desde obreros de la construcción como José Estrada a profesores como Pedro Heras. Un lugar que frecuentaban habitantes de Bonavista y representantes de la burguesía tarraconense y profesionales liberales. Todo ello nos habla de una mutación en las pautas de sociabilidad de gran trascendencia a las que el antifranquismo había contribuido decisivamente. Las redes de sociabilidad en las periferias se fueron volviendo tupidas: de la sociabilidad informal y primaria entre el vecindario, a una secundaria desarrollada en espacios sociales en los barrios en los que se celebraban fiestas, meriendas o se iba el día de la *mona* en pascua. Las protestas de fábrica fueron afianzando lazos entre los compañeros, hasta el punto que se amenazaba con ir a la huelga «ya que no se abona igual cantidad [salarial] a todos los que efectúan idéntico trabajo»<sup>3527</sup>. En lo que no pude ser definido más que como una nítida expresión de conciencia de clase, obreros químicos -los que más se habían mostrado capaces de tejer complicidades en el seno de las fábricas- iniciaron una serie de huelgas con el fin de eliminar la segmentación de la plantilla que repercutía a sus compañeros en términos salariales<sup>3528</sup>. En definitiva, con la emergencia del antifranquismo como movimiento de masas, las relaciones formales e informales que se desarrollaban entre los trabajadores establecieron un continuum. Ello las imbricó con los movimientos de protesta más nítidamente político que, a su vez, tuvo consecuencias sociales de gran trascendencia al permitir que una nueva clase trabajadora se expresara en el nuevo contexto urbano e industrial de Tarragona.

---

<sup>3526</sup> Rafael NADAL i COMPANY: *Més de mig segle en el torn d'ofici i d'altres records*, Tarragona, Mèdol, 1996, p. 266.

<sup>3527</sup> «Desavenencias entre obreros portuarios» (Tarragona, 9 de mayo de 1964), AHPT, GC, caja 4367, exp. 1185.

<sup>3528</sup> Véase Cristian FERRER GONZÁLEZ: *Sota els peus...*, pp. 271 y ss.